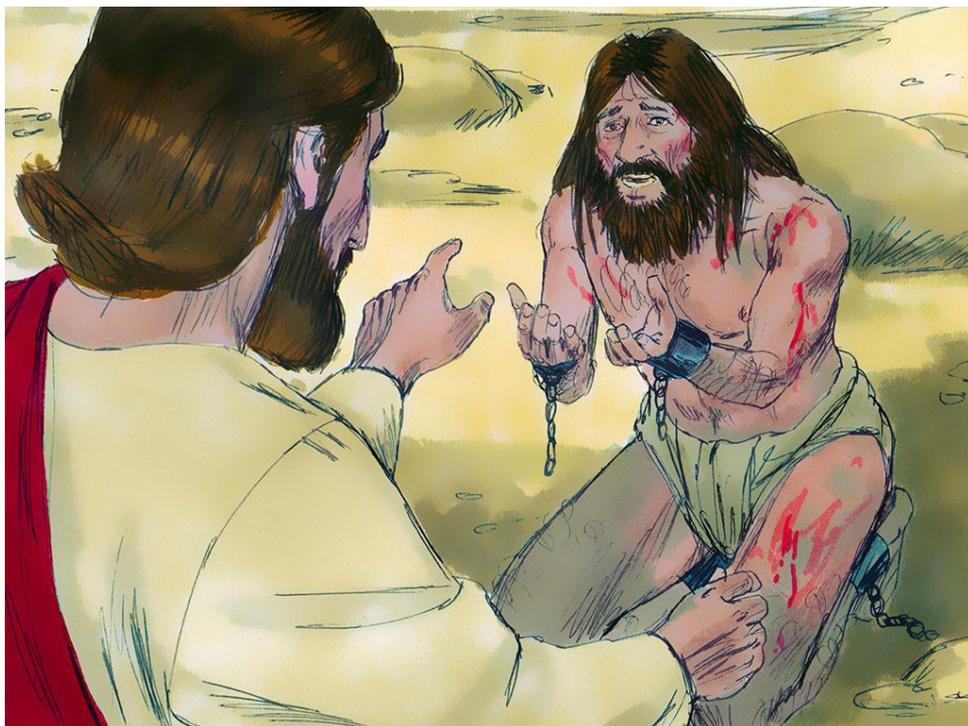


EL ENDEMONIADO DE GERASA

(MC 5,1-20)

“Espíritu inmundo, sal de ese hombre”



Estimados amigos de la Biblia.

El comentario de hoy se centra en el episodio bíblico llamado “El endemoniado de Gerasa”, un texto difícil a primera vista pero que nos reserva muchas sorpresas. Prestad mucha atención.

POSEÍDO POR EL PODER DEL MAL Y LA MUERTE

En la vida se encuentra uno ¡con cada personaje!, pero a no ser que nos toque de cerca pasamos de largo y lo olvidamos en poco tiempo. Aquí es Jesús quien se encuentra con uno de ellos:

Al desembarcar le salió al encuentro del cementerio un hombre poseído de espíritu inmundo que vivía entre los sepulcros y en los montes gritando y golpeándose con piedras.

¿Cómo serían los cementerios de entonces? No como los nuestros, sin duda. Posiblemente hubiera cadáveres mal enterrados o incluso abandonados pudriéndose al aire libre o siendo comida de las aves carroñeras en medio de una suciedad y un hedor insoportables.

Este hombre vive en medio de la muerte y además se golpea con piedras provocándose heridas que, al no ser curadas, se infectarían causándole fuertes dolores y un aspecto horrible. No solo convive con la muerte sino que se la provoca a sí mismo y la refleja en su cuerpo. Su destino, su único destino, es la muerte.

Su modo de vida y su agresividad eran una amenaza para la gente que, para controlarlo, lo había atado “muchas veces con grillos y cadenas” sin resultado. Todos los esfuerzos por controlarlo habían terminado en fracaso pues él “había roto las cadenas y destrozado los grillos, de modo que nadie podía sujetarlo”.

Este hombre mal alimentado, mal dormido y lleno de heridas, tenía una fuerza enorme, pues ni las cadenas se le resistían. ¿De dónde le venía? El texto lo deja claro: del “espíritu inmundo” (el poder del mal) que lo dominaba, fuerza muy superior a la de cualquier ser humano, siempre de muerte e imposible de dominar.

JESÚS: MÁS PODEROSO QUE EL PODER DEL MAL

Es en ese contexto de triunfo del mal que aparece Jesús. Al verlo el endemoniado “le salió al encuentro..., corrió y se postró ante él”, dando a entender que no todo en este hombre era negatividad, sino que había algo en él que le impulsaba a buscar a Jesús y a reconocerlo como capaz de salvarle de la fuerza que le atenazaba.

Pero, ¿quién se acerca a Jesús, el hombre o el “espíritu inmundo” de nombre “legión”? ¿Qué o quién le impulsa hacia él? En este hombre todo está mezclado y en conflicto: es él quien se acerca (o corre) hacia Jesús, pero es el poder del mal (el espíritu inmundo) quien le grita primero y después le ruega.

Impresiona ver que el poder del mal tenga claro quién es Jesús: el “hijo de Dios altísimo”, muy superior a él, y que sienta su presencia como una amenaza que le causa sufrimiento, pues nada puede contra él. Por eso le grita primero: “déjame en paz... no me atormentes” y le ruega después: “no me echés de aquí”.

Curioso el cambio de táctica del mal: primero exige, aparentando un poder y fuerza que no tiene, para después, al ver que nada conseguirá enfrentándose al “hijo de Dios altísimo”, apelar a su compasión pidiéndole que le envíe a “una gran piara de cerdos” que pacía cerca de allí, lo que le permitirá continuar con su cuota de poder y dominio en la región.

Del diálogo del mal con Jesús se desprenden tres cosas:

- Que el demonio o satanás es una criatura de Dios y sometida a él, aunque muy superior en poder y fuerza al ser humano: el endemoniado, a quien domina, y a quienes intentan, atarlo con cadenas sin conseguirlo.*
- Que Dios es siempre superior al poder del mal, pero que este, aún después de vencido por Él, permanece. Así lo ilustra la parábola del trigo y de la cizaña (Mt 13,24-30) y lo refleja que Jesús acceda a que continúe en la región.*
- Que en esta misma concesión se manifiesta lo ya dicho: la superioridad de Jesús, el “hijo de Dios” sobre él.*

EL DESTINO DE QUIEN ESTÁ DOMINADO POR EL MAL

Llegamos al episodio de los cerdos. Dice el texto:

Ellos salieron, se metieron en los cerdos y la piara, de unos dos mil cerdos, se lanzó al lago por un precipicio y se ahogaron.

¿Qué sentido tiene este relato? ¿Qué significa?

Nuestra atención se centra espontáneamente en el destino de los cerdos, como le sucede a “la gente que fue a ver lo que había sucedido”, sin caer en la cuenta que se ha cumplido la orden de Jesús: “¡Espíritu impuro, sal de ese hombre!” y que al irse a los animales, este quedó liberado del mal por el poder de Dios. Pero no es eso lo primero que vemos: no lo vio aquella gente y podemos no verlo nosotros.

En el despeñarse y ahogarse los cerdos se hace evidente el fin a que lleva, inexorablemente, el dominio del poder del mal: a la muerte: este, y ningún otro, era el destino de aquel hombre poseído. Vivía una situación sin salida y su destino era el de los cerdos: su propia destrucción. Lo preanunciaba su vivir en el cementerio

entre cadáveres, sin las condiciones mínimas de alimentación e higiene, golpeándose con piedras y lo refleja el fin de los cerdos.

El episodio de los cerdos quiere decirnos exactamente lo que nos dice: que cuando el mal nos domina nos lleva a la muerte, sin posibilidad de liberarnos de él por nosotros mismos: sólo Dios, en Jesús, puede salvarnos de su poder. Lo que se da en los cerdos se da en este hombre, pero con una diferencia: que aun estando poseído conserva la capacidad de buscar a Dios, de suplicarle y confiar en que puede salvarlo. Es lo que hace en cuanto Jesús desembarca: le sale al encuentro y se postra ante él. En ese momento este hombre rechazado por los suyos, se abre a la salvación y la recibe.

UN RECHAZO MÁS SUTIL, PERO IGUAL DE REAL

Fijémonos ahora en los porquerizos y en la gente del pueblo y de los caseríos que acude a ver lo sucedido, porque su modo de actuar nos reserva sorpresas.

La primera reacción de los porquerizos es huir y contar a los demás lo sucedido, algo muy normal en el ser humano ante lo que no entiende o le sobrepasa. Al escucharlos, “la gente fue a ver lo que había sucedido”, también algo propio de los humanos ante lo insólito. Les debió parecer tan absurdo escuchar que dos mil cerdos se habían precipitado por el barranco como a nosotros que nos digan que hay un burro volando. Seguramente no nos lo creeremos, pero posiblemente iremos a ver qué sucede. Es la curiosidad de entonces y de ahora.

Estos hombres se dirigen a Jesús y al llegar a él ven “al endemoniado que había tenido la legión sentado, vestido y en su sano juicio... Entonces se llenaron de miedo... y rogaron a Jesús que se fuera de allí”.

Puede que no nos demos cuenta en un primer momento, pero la reacción de la gente ante Jesús se asemeja a la del espíritu inmundo. ¿Por qué? Porque lo que piden a Jesús es lo mismo:

(El espíritu): Déjame en paz... no me atormentes... y le rogaba insistentemente que no lo echara de aquella región

(Ellos): le rogaron insistentemente que se fuera de allí.

¡Sorprendente! Ambos piden que Jesús no intervenga en sus vidas para no ser molestados por él. ¿Qué indica esto? Que también

estos hombres están dominados o poseídos por el mal y rechazan a Jesús, por eso solo ven lo superficial: lo sucedido a los cerdos, impedidos como están de ver lo realmente importante: que Jesús ha salvado al endemoniado del dominio del mal: *QUE ES EL SALVADOR.*

¡Impresiona la semejanza entre la actitud de los espíritus inmundos y la de la gente! No se capta a primera vista, pero si haciendo una lectura más atenta del texto, por eso nos sorprende.

Y más: los demonios reconocen quién es Jesús, el “Hijo del Dios altísimo”, cosa que estos hombres ni siquiera intuyen. Y mientras que el endemoniado acude a Jesús y se postra ante él, ellos aunque también acuden, no solo no se postran al ver al endemoniado curado, sino que le ruegan que se vaya de allí. ¡Todo lo contrario!

Posiblemente te sorprendas, querido lector, de lo que estamos diciendo pero es así: *EL ENDEMONIADO, POSEÍDO POR UNA LEGIÓN DE ESPÍRITUS INMUNDOS, ESTABA MÁS CERCA DE DIOS QUE AQUELLOS HOMBRES PORQUE ÉL LO BUSCA Y SE POSTRA ANTE ÉL EN ACTITUD SUPLICANTE, MIENTRAS QUE ELLOS LE RECHAZAN.* Por eso, porque lo ve abierto a su gracia, Jesús le salva mientras que no hace nada por aquella gente, absolutamente cerrada a él.

“VETE A TU CASA”

Al subir a la barca el hombre salvado pide a Jesús irse con él, pero este no se lo permite: “Vete a tu casa con los tuyos, le dice, y cuéntales todo lo que el Señor, compadecido de ti, ha hecho contigo”.

La negativa de Jesús nos llama la atención ¿Por qué, nos preguntamos, le dice que no si está tan agradecido a él que quiere ser uno de los suyos?

La respuesta de Jesús está íntimamente ligada a su curación y en continuidad con ella. Todo salvado por Dios tiene una doble experiencia: que Dios pasa a ser el centro y eje de su vida y que necesita comunicar su experiencia a los demás. Lo que Jesús hace es decirle cuál es su vocación a partir de ahora: *SER SU TESTIGO EN EL MEDIO FAMILIAR Y SOCIAL AL QUE PERTENECE Y QUE AHORA LE RECHAZA.* Salvado por Jesús, debe ser su testigo entre aquellos que le invitan a irse por ser incapaces de ni siquiera intuir que Dios ha pasado por sus vidas, cosa que él sí percibió. Debe ser su testigo en ese ambiente donde Dios no tiene cabida porque él es el signo o

huella visible e innegable de su presencia como fuente de VIDA PLENA, la que se manifiesta en él.

Al salvar a este hombre, Jesús ha abierto una brecha en la región de los gerasenos. Rechazado por ellos, le toca a él ser la cuña que abra sus corazones, por el momento cerrados al Dios salvador, de quien necesitan tanto o más que él cuando estaba endemoniado. Y obedece: “comenzó a publicar por la Decápolis lo que Jesús había hecho con él”.

El texto concluye dando a entender que algo empieza a abrirse, pues quienes lo escuchan no le invitan a retirarse, como a Jesús, sino que “se admiran” de lo que oyen.

CONCLUSION

Hasta aquí nuestro comentario. ¡Sorprendente!, ¿verdad? ¡Cuántas sorpresas nos reserva la Biblia! ¡Qué importante es hacer una lectura honda de los textos bíblicos! El endemoniado estaba poseído por el poder del mal y esto se veía a simple vista, pero también lo estaba la gente del lugar, aunque no se notara tanto y rechazaran a Jesús de un modo educado y cortés.

Muy importante esto último porque nos suele suceder que fácilmente decimos de ciertas personas que están alejados de Dios, cuando puede haber otras, e incluso nosotros mismos, más cerrados a Dios que ellas.

LO QUE DEFINE A LAS PERSONAS ANTE DIOS NO SON SUS ACCIONES, ALGUNAS MUY GRAVES Y QUE NOSOTROS NUNCA HEMOS PRACTICADO, SINO SU APERTURA A SU ACCIÓN SALVADORA, QUE PUEDE SER EN ELLOS MAYOR QUE EN NOSOTROS. En los Evangelios hay varios casos en que esto se ve claro: el del fariseo y el publicano (Lc 18,9-14), el de la mujer pecadora en casa del fariseo (Lc 7,37-48) o el de Zaqueo (Lc 19,1-10) entre otros. Búscate un tiempito a echar un vistazo en estos textos.

Nada más por hoy. Un gran abrazo a todos y hasta nuestro próximo encuentro.

Carlos Rey - SDB